

El VII Centenario de la batalla de las Navas

Nosotros

El día de hoy es para todos cuantos vivimos en Castilla, para cuantos pisamos tierra burgalesa, día grande; que siempre lo es el que en se recuerda á sus mayores, á aquellos que en el camino de la historia patria derriban el obstáculo que se opone á su marcha gloriosa.

Marchaba Castilla en la vida de la historia con el paso incierto, con el andar inseguro que tiene que llevarse cuando frente á unas costumbres, frente á una civilización se encuentra opuesta la de los más, y cúpole á un rey castellano, á nuestro Alfonso VIII, romper el cerco y abrir el campo para que Castilla, España después, pudiera caminar sin la traba del que un siglo y otro vino siempre recordándola que no era dominadora sino dominada.

Bastara esto, para que en este día todos hiciéramos algo en honor de aquellos que nos dejaron en las Navas de Tolosa una página escrita con sangre que no se borra, pero si ello no fuera suficiente á honrar esta fecha, lo sería la necesidad, cada día más imperiosamente sentida ante el egoísmo que corroe la sociedad de nuestro tiempo, de dedicar un día en nuestro vivir al que por la patria se bate y se sacrifica, para de este modo enseñar que si los que nos rodean, los que con nosotros conviven, cegados por las pequeñas pasiones, no ven la grandeza de los que por la patria mueren, en cambio los que nos siguen, los que detrás de nosotros han de andar el camino de la vida, esos, sin aquella ceguera, juzgando nuestros actos, los honrarán algún día y como hoy nosotros levantarán también su corazón, elevarán su espíritu y entonarán un himno en honor del que se bate por la patria.

Nosotros sintiendo así, pensando así hemos juzgado que debíamos hoy entonar un canto á los que en las Navas lucharon, á los que para llegar allí, para vencer allí dejaron grabada una página de gloriosos martirios en cada cumbre, en cada torreón desmoronado, en cada ruina cubierta de hiedra, y ninguno mejor que el formado con aquellas notas-pensamientos de ilustres personalidades, de los hombres de inteligencia y de cultura reconocida.

A ello invitamos á unos y otros, á todos nos mostramos reconocidos, que el honor que dispensan al estampar sus firmas en este periódico es de los que no se olvidan, de los que no pueden olvidarse.

La VOZ DE CASTILLA, desde estas columnas que hoy dedica á los héroes que fueron, envía un testimonio de gratitud á los que con su pluma cantan hoy en las líneas que siguen el valor de los Castellanos del siglo XIII, semilla que de cuando en cuando se reproduce,.... á pesar de los tiempos de expecticismo que cruzamos.

Conmemora y festeja Burgos, la noble cabeza de Castilla, el 7.º Centenario de uno de los hechos más gloriosos de nuestra Historia, la batalla de las Navas de Tolosa; y hace bien en ello, porque todo es poco para ensalzar la memoria del heroico Rey Alfonso VIII; pero es también de justicia dedicar un recuerdo á una gran obra suya, de índole bien distinta, cual es la fundación del Hospital del Rey, que, resistiendo durante siete siglos las mudanzas de los tiempos, sigue prestando hoy como en sus primeros días albergue y refugio á los peregrinos y á los pobres enfermos de cualquier clase y condición que sean, sin tener en cuenta su nacionalidad y sin preguntarle sus creencias, haciendo así práctica, gracias á la previsión y alteza de miras de un gran Rey, aquella sentencia que dice: que la caridad no conoce fronteras.

Diego Arias de Miranda
Ministro de Gracia y Justicia

Madrid 9 de Julio 1912.

No fué la Batalla de las Navas un combate más entre la civilización de los semitas del Sur y las razas europeas, que, en España, defendían la reivindicación afortunada del solar invadido por el caudillo árabe en Andalucía, en los comienzos de la octava centuria. Aquél alarde guerrero era la voz armada de los adalides que representaban el cristianismo medioeval, á la voz y bajo el mando glorioso de uno de los Reyes de Castilla que dejaron el nombre de Alfonso en las cumbres más elevadas de la historia española.

Unos á otros se sucedían en aquellos tiempos de incansable pelear, con heroico denuedo. A una derrota sucedía compensadora la victoria brillante y la caída irremediable de los invasores, almohades y almoravides africanos. Calatafazor, Atapuerca, Alarcos, Las Navas, El Salado, son los nombres que llenan los tiempos medios en el suelo patrio, con tales hechos de bravura, que, hoy, en estos momentos, podemos sentir el calorío del estupor con sólo leer las ejecutorias de las casas nobiliarias de los reinos diversos que señoreaban las comarcas y servían las empresas de sus reyes.

Y en esa batalla, que rememoran en estos momentos á un tiempo en Castilla y Navarra, Burgos y Pamplona, hubo mucho más que la representación del valor de dos agrupaciones patrióticas distintas, que llevaban como caudillos á los Reyes Alfonso VIII y Sancho el Fuerte. Tenían detrás el derecho de los pueblos, cuyas franquicias municipales venían á la vida, con los alientos de la emancipación que sus brazos robustecían en cada momento evolutivo, llamando á la libertad á los valientes, que al morir unos, en la pelea, legaban á los otros, sus hermanos y sus hijos, una fisonomía y un aspecto económico social tan poderoso que hizo brotar la monarquía, como último y definitivo modelo, con todos los prestigios y grandezas de la realeza, sintetizados más tarde y necesariamente en Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

Al frente del movimiento reivindicatorio que realizaban con su esfuerzo aquellos jefes Castellanos, asentando los cimientos de la grandeza de la monarquía, estaba la cruz de Jesucristo, con la clara visión que se cernía en las nubes, el lábaro del Emperador romano. Atracción irresistible que hacía volver á ella todos los pensamientos y todas las voluntades, lo mismo que la aguja imantada vuelve perpetuamente su fuerza al eje del mundo, y llevaba á la sociedad entera española, desde el fondo oscuro de los proletarios hasta los castillos de los magnates, á servir la causa del Dios Redentor, imagen, símbolo y figura en la que se encarnó la redención y la conquista del suelo maclado por la planta audaz de los conquistadores musulmicos.

Era la libertad humana, representada en aquellos momentos memorables por la necesidad de vivir en el afán de la tradición que recordaba á los guerreros las leyendas de un lejano venturoso, aquel que cantaba la derrota de los romanos, señores del planeta, y la de las hordas de Asia, asoladoras del cristianismo europeo naciente, y ellos eran los que elevaban el nombre de sus hermanos, teniendo en la mente al Cristo que dignificaba su vida entera y su historia, á sus mujeres, defendiendo el dulce y universal culto religioso de la Madre de todos los hombres, en la maternidad inmaculada de la siempre Virgen María.

Con la palanca del profundo sentido religioso de los tiempos medios hicimos la Patria y la Monarquía y pudimos tenerlo todo. Llegamos á la unidad y tuvimos al fin la libertad española, que nació en los montes asturianos, durante sus ecos y resonancias atronadores hasta dentro de los muros granadinos. Por la fé, que da el valor en las empresas, y el heroísmo, que hace brotar de la sangre de los mártires de las ideas la grandeza y la felicidad social, somos lo que hemos llegado á ser y no debemos dejar de ser.

Otras empresas y otros fines pueden mover en estos tiempos á la sociedad española, conquistada ya la personalidad política definitiva. Los problemas planteados podrán mirar con desdén las glorias del pasado y decir, con más audacia ignorante que justicia debida, que los tiempos han cambiado y alcanzamos otros de reivindicaciones económicas. Nosotros negamos esto. Los españoles seremos siempre, religiosos y monárquicos, aún cuando creamos ó pensemos otra cosa. ¡Que magnífico campo de disertación se presentaba, si desenvoliésemos el pensamiento apuntado aquí! No es éste el instante ni el motivo adecuados. Mas, si olvidamos el pasado hermoso de nuestro nombre en el mundo, seremos satélites sin voluntad de otros conquistadores, sin patria y sin hogar. Y aún seremos menos; al olvidar nuestra grandeza, dando la espalda á nuestra historia, tanto seremos unos degenerados, dignos, por la cobardía de nuestros corazones, de la fiera concupiscencia de esas gentes, que así mismo, se atribuyen el dictado absurdo de emancipadores, como unos traidores á aquellos gigantes de la fortaleza, que, por su denuedo á la fé de sus creencias, nos dieron el patrimonio que tenemos.

Nosotros estaremos al lado de los combatientes en defensa del nombre sagrado de la Patria, que es hoy, con la Monarquía, la morada de la justicia y la libertad.

Julio Domingo Bazán

Capitán General de la 6.ª Región

San Sebastian 12 de Julio de 1912.

Gallardía Hispana

Hay hechos en la Historia tan culminantes que son como los jalones que indican la marcha que ha venido siguiendo la humanidad á través de los tiempos. Indudablemente es uno de ellos, de grandísimo interés no solo para España sino para el mundo civilizado, el que actualmente conmemora de solemnisima manera la Ciudad de Burgos celebrando su séptimo Centenario; la Batalla de las Navas de Tolosa. Lucha formidable entre dos razas; triunfo para los cristianos digno de ser cantado por la trompa épica; derrota vergonzosa que tiene el aspecto de trágica epopeya para los hijos del Yslam.

La cifra horrenda de los doscientos mil Mahometanos que quedan tendidos en el campo de batalla, con la de veinticinco mil defensores de la cruz que ofrecen su vida en holocausto y que apunta el Arzobispo Toledano, narrador y testigo de aquel suceso, determinan la importancia excepcional de aquel Combate.

¿Y qué prodigios de valor por parte de los Cruzados? ¡Qué escena tan terrible la del asalto de aquella muralla formada de negros, de camellos y de férreas cadenas que encierran en apretado cerco los reales del terrible Emir! Había que aniquilar aquella muralla para completar el comenzado triunfo; y el esfuerzo casi sobrehumano de los nuestros la aniquiló. Las Cohortes aliadas de los Castellanos, unidas como un solo hombre á estos, destruyeron á la diez veces milenaria guardia del soberbio Mohamed ben Yussuf, cada uno de cuyos soldados con estoica impasibilidad resistió con lanzas clavadas en el suelo á manera de colosos, prestos á morir antes que doblegarse á los cristianos, el empuje de estos, quienes con indomable valor atacan con denuedo. Por un lado rompe las filas de aquella barrera humana el Rey de Navarra con los suyos: por otro lado salta el Caballero Castellano Alvar Nuñez de Lara; y roto el cerco, abierta la brecha en aquella mole que asemejaba á duro granito queda deshecha; y sorprendido el soberbio Miramamolín en su tienda es obligado á suspender su ridícula contemplación, monta precipitadamente á caballo y puesto en vergonzosa fuga, seguido de muy pocos de los suyos, desaparece para no ser visto jamás al frente de su derrotado ejército.

Espectáculo grandioso el que ofrecen los tres Estados de nuestra nación Española que tomaron oficialmente parte en tamaña empresa. Al esfuerzo último de Navarra y de Castilla, corresponde Aragón batiendo con denuedo la retirada de los musulines.

Ni lanzas, ni picas, ni cadenas, fueron obstáculo para aquellos españoles que entonces como ahora y siempre desconocieron lo imposible; y en aras del no importar, hacen Patria, la defienden y acometen empresas gigantescas, casi superiores á sus fuerzas, con asombro del mundo.

Bien hace Burgos en recordar aquel épico suceso con grandiosas y solemnes demostraciones honrando á los héroes de las Navas. Motivo sobrado tiene para ello la nobilísima ciudad que con orgullo retiene y enseña los trofeos de aquella jornada á la vez que es fiel depositaria de las cenizas de Alfonso Octavo, el caudillo, el iniciador, el alma de aquel celebrado suceso.

Respetuosa siempre la fidelísimas Cabeza de Castilla para con sus Reyes no puede olvidar hoy á aquel Alfonso que en unión de su consorte la inglesa Doña Leonor, dejó á Burgos, con el Monasterio de las Huelgas, otro de los monumentos que á manera de rico joyel esmaltan la corona condal que surmonta su escudo.

Castellano de nacimiento, burgalés de corazón, aun cuando el cargo oficial de que me hallo investido no me obligara, me adheriría como me adhiero, con toda mi alma á las solemnes manifestaciones que hoy tributa, la Culta é Hidalga Ciudad del Cid, á los Héroes de las Navas.

Burgos 10 Julio 1912

RICARDO MARTINEZ
Gobernador Civil.

El Centenario :: :: DEL CID

Signo espiritual de los tiempos y pregón de cultura son las fiestas centenarias con que los pueblos honran á sus grandes hombres ó señalan los insignes sucesos, como faros luminosos alumbrados, para ejemplo de los buenos, en las grandes cumbres de la Historia. Ellas además son ahora y en estos pueblos latinos laudable mentís á los que dan por cierta la crisis del patriotismo.

¡Bien haya, pues, el que inició la idea de conmemorar el Centenario de la batalla de las Navas; bien haya el Ayuntamiento que la aceptó y tan afortunadamente la realiza; y bien hayan las corporaciones y el pueblo de Burgos que son sus entusiastas actores y que además se costean el gasto, en ausencia, por todo extremo censurable, de un gobierno, tan pródigo y ligero en ofrecer, como tímido en pagar!

Aunque la epopeya de los ocho siglos está tejida de hechos de armas gloriosísimos; aunque el triunfo definitivo de la Cruz sobre la media luna podía preverse y era cuestión de tiempo desde antes de las Navas; aunque los burgaleses acaso tendríamos centenarios más indígenas y exclusivos en la reconquista, como la toma de Valencia por el Cid y la de Sevilla por San Fernando y D. Ramón de Bonifaz; aunque la batalla de las Navas ó de Ubeda (como antes se llamó) es más característica para la región á quien diera su blasón que para el reino que es blasón de España, no puede negarse que el Centenario del 16 de Julio de 1212 está bien celebrado y elegido.

Porque él es más comprensivo que otros lances de armas singulares, ya que el gran Rey de Castilla que le preparó y dirigiera acertó á reunir bajo sus banderas, no solo los principales reyes peninsulares, sino los Concejos y todos los grandes señores y caballeros sueltos que, como los gallegos, acudieron á esta verdadera Cruzada, que la momentánea pujanza de los árabes hizo necesaria y que allí empezó á eclipsarse para siempre. ¡Singular destino el de aquellos campos tan próximos de Ubeda y de Bailén! Aun recuerdo que, siendo un niño y viajando por Andalucía, me preguntaba yo cómo podían haber en tan corto espacio el sitio en que fué herida de muerte la estrella del capitán del siglo 19, de Napoleón, y el campo donde sucumbió para siempre el poder de los almohades.

Este centenario y su brillante desempeño me congratula especialmente, además, porque

le miro como ensayo de otro por el que en los años hace con verdadera obsesión. El centenario burgalés por antonomasia, el centenario del Cid en 1926. Y como el Cid Burgos; y Burgos era y creo que sigue siendo Castilla entera; y como Castilla fué y creo que es España entera, el centenario del Cid es centenario de España.

El Cid es el personaje más insigne de Burgos y el más popular de España. Fuera nuestra patria, Miguel de Cervantes y Rodrigo Díaz de Vivar son los españoles más conocidos y aquellos sobre cuya vida, hechos, obra, la literatura europea y americana ha producido más. Nuestro héroe, el Campeador, ha agrandado tanto su figura que ha llegado á ser un Mito mundial, como el Quijote. Pues aquél, de carne y hueso.

Tanto fué el verismo de Cervantes que héroe parece vivido. Tan grandes fueron los hechos del Cid que su vida real parece la leyenda en que se personifican las virtudes de un pueblo y una época en que la más rigurosa corteza envolvía los más altos ideales.

Celebremos, pues, el año 26 de este siglo noveno centenario del nacimiento del Cid. Estamos en deuda con nuestro paisano. Ha años, en una revista publicada por los burgaleses residentes en Bilbao, comenzaba yo á tomar forma al sueño de las fiestas de Julio de 1912. A todos pareció bien la idea... solo que la contraban un poco ó un mucho prematura.

Pues ya no lo es, porque han pasado ochos años y nada se ha hecho. Hay tanto que hacer que no faltará labor para llenar todos los días de esos 14 años.

Comenzó á trabajar el legendario proyecto de la asendereada estatua, y por ridículos escrúpulos (de los que mejor es no hablar) malogróse ardientes entusiasmos. Y hoy estatua; y el Campeador y D.ª Jimena están sin enterrar, profanados en impropia exhibición; y el solar del Cid se deshace y achaca delante del caballo de nuestra pereza, al rey que el solar de Castilla se que ensanchaba delante de Babieca.

Esto no puede ser, porque no debe ser... no será. El día... de Julio de 1926 debe celebrarse con pompa inusitada el centenario del Cid. Aquel día debe inaugurarse su magnífica estatua ecuestre en la plaza de Castilla. El día antes ó el siguiente, presididas todas estas ceremonias por el Rey y su gobierno, se enterrará al Cid y su fiel Jimena en el magnífico sepulcro construido en el centro del primer claustro de la Catedral, cuya restauración con este destino vengo trabajando hace tantos años. El día siguiente, en el solar del Cid, inaugurará la «Biblioteca-Museo Rodrigo» el edificio típico construído ad hoc para albergar, catalogadas por D. Ramón Menéndez Pidal, todas las obras que tratan del Cid, que serán algunos centenares, y para exhibir todos los recuerdos y cuadros que al Cid se refieren desde la Celada y la Tizona, hasta el cofre de oro y los lienzos de Santa María y Casado del Alisal, etc.

En las noches y tardes de aquellos días irán a la usanza medio-eval con rejonos y caballeros en plaza y toros á la moderna; catálogos históricos en que figure el Cid y exposiciones de Arte retrospectivo; conferencias y tertulias sobre el Cid y representaciones dramáticas por los mejores actores de «La Juana en Santa Gadea» y «Cid Rodrigo de Vivar» etcétera, etcétera.

¿Que esto son sueños? ¿Que cómo se han de hacer esto? Pues queriendo. Por suscripción nacional: pidiendo de puerta en puerta desde la casa del Rey y la del gobierno ó los gobiernos, todas las de las Corporaciones y Academias todas desde los grandes de España hasta el último más humilde burgalés; desde la colonia burgalesa de la Habana, hasta la de Barcelona pasando por la de Vitoria, Santander y Valencia.

¡Querer es lo que hace falta! Ah! Dígame Dios vida tan segura como esto es factible. Y dígame Dios ser Alcalde de Burgos en aquel día. Luego me moriría sin pena... con otras razones porque ya sería muy viejo.

F. Aparicio

Vicepresidente del Congreso de los Diputados
San Medel 12 Julio 1912.

Con ser tan grande, que, aun después de los siglos, su recuerdo llena el mundo, el memorable hecho de la batalla de las Navas de Tolosa es uno de tantos que forman y avaloran de modo incomparable la historia gloriosísima de Burgos.

Juan Merino
Presidente de la Excm. Diputación

Aires heróicos

Yo no discutiré con nadie si son ya muchos los centenarios que se nos ocurre, en buena ó mala hora, celebrar. Ni diré si son más ó menos puritanos los motivos para que toda la memoria de los hechos gloriosos y de los hombres grandes quede reducida, en las conmemoraciones centenarias, á música y cohetes.

El centenario es una mirada atrás, es un alto en la vida y algo se aprende, porque los recuerdos hacen leer y estudiar.

Y estos centenarios de lo épico de nuestra raza y de nuestras historias y leyendas, refrescando las sombras y borrones de hazañas y las siluetas de los campeones y las escenas del batallar, poniendo en marcha los ejércitos y escribiéndose las páginas de la formación nacional, son como aires de edad heróica que nos restallan en la cara y sacuden nuestros perezosos sentidos y avivan la lumbre del alma; yo no sé si para avergonzarnos, ó para refrigerio espiritual; yo no sé si para bendecir los días que pasaron ó gozarnos con los nuestros como mejores; yo no sé si para dolernos de estar aún en la edad de las armas y de las victorias, ó para pedir á Dios que andemos adelante, rompiendo para lo futuro las arpas bélicas y jurando vivir la paz, la hermosa paz que respira el lirismo.

Aquí de la lectura obligada de aquella Crónica de las cosas de España del buen Rodrigo Gimenez de Rada; aquí del saboreo de las páginas epopeyescas de los días de nuestro D. Alonso VIII el de las Navas; aquí del gozar como de tiempo que se fué en aquellos relatos de los Toledanos, y del Tudense, y del Obispo de Narbona. Yo he releído todo para hacer mi centenario de las Navas de Tolosa mirando á Burgos.

Por encima de la voz del testigo, de la información de los hechos, pasando sobre la sequedad de los números, sin contar los miles de combatientes muertos y heridos, respira vivida la historia que no es el acta de escribano, la visión artística de la historia asignada en nuestra misma naturaleza de exaltación imaginativa.

A ese tono pueden leerse las relaciones de nuestros cronistas de Burgos y asistir desde lejos en espíritu y en verdad á la batalla de las Navas de Tolosa, casi sin importarnos cómo fué, para gozarnos en cómo es para nosotros, en cómo le sentimos nosotros.

Los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, los Prelados y los clérigos, los nobles (que entonces servían para algo) y los soldados, los moros y los cristianos con vínculos de sangre y de patria, de amor y de religión van á la pelea, á guerrear por un ideal más abarcable, más concreto, que el del Estado. No se habían visto ejércitos más nutridos ni hubo Rey que acaudillase más hombres.

Sonaron atabales y clarines y Castilla con los suyos, con sus concejos y sus caballeros abría marcha de combate.

D. Alonso VIII sin inmutarse *nin en la color, nin en la jabla, nin el continente* presenciaba la batalla, compulsando los momentos de buenaventura y los contratiempos de incertidumbre y de pérdidas.

No sé si sería estoicismo ó temor formidable: El Rey le dice al Arzobispo don Rodrigo: «Arzobispo, yo é vos aquí muramos».

Y el Arzobispo responde al Rey «Non quiera Dios que aquí murades; antes aquí habedes de triunfar de los enemigos».

D. Alonso recibió brioso aliento con la esperanza arzobispal; apretó los ijares á su caballo y blandiendo lo lanza y puesta su fé en Dios se lanzó por entre las filas de los infieles seguido de sus soldados y de sus clérigos, de sus obispos y de sus nobles.

Y lo demás ya lo sabes tu lector. Acurrdate solamente de aquel D. Alvaro Nuñez de Lara, castellano que, en alto el pendón de nuestra madre Castilla, rompió el cerco negro, haciendo resonar los gritos de victoria en las tiendas de Mohammed.

Mientras los obispos daban gracias á Dios, D. Rodrigo le decía al Rey «que el favor del cielo había suplido su flaqueza y que aquella tan alta gloria, y tan gran triunfo lo debía también á sus soldados».

Lee si quieres cómo se hizo el reparto del botín, mientras yo recojo mi espíritu y sigo al estandarte de Castilla, glorioso en las Navas de Tolosa y guardado ahí en Burgos como en Cámara de señorío y de realcía.

¡Las Huelgas, D. Alfonso VIII, las Navas de Tolosa, el pendón de Castilla... Burgos!

Mi centenario es ese: pediros juramento, burgaleses, de guardar fielmente esos tesoros y que de la memoria centenaria de las Navas de Tolosa salga como un voto

de ciudad, de castellanismo para no permitir que nadie mengüe esos trofeos; que el real Monasterio, fortaleza de fe y de armas, sea mantenido y acrecentado, que sean resurgidas sus preeminencias y sus privilegios; que sea de todos conocido y admirado.

Que en las Huelgas pongamos nuestras Navas de Tolosa, nuestro D. Alfonso VIII, nuestro fuego castellano para seguir adelante y caminar así en firmeza.

Martin D Berrueta

Catedrático de la Universidad de Granada

Salamanca, Julio 1912

Las mujeres romanas y la epopeya de las Navas

Se imponía la patriótica necesidad de que los Monarcas de los tres reinos dirimiesen contiendas, o vidasen enconos y al servicio de una santa causa se uniesen para batir donosamente á los invasores agarenos.

Por esto, Alfonso el de las Navas reunió las famosas cortes toledanas acordando en ellas enviar al obispo de Segovia cerca del Papa y al preclaro Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jimenez para que visitase á los Monarcas franceses y alemanes, en ruego de un decisivo esfuerzo para batir y aniquilar á la morisma. Se imponía una cruzada y la cruzada fué concedida por bula del Papa Inocencio III. De todos los ámbitos de la cristiandad se aprestaban á coadyuvar á la empresa española; caballeros, milicias, escuderos y jinetes, cruzados de Calatrava y Santiago, todos se aprestan á la contienda de las Navas de Tolosa, á la epopeya del día de la Santísima Virgen del Carmen.

Ordena el Papa que en toda la cristiandad se ayune á pan y agua durante tres días y las mujeres romanas recorren los hogares, las plazas, los ámbitos todos de la Ciudad Eterna, moviendo á penitencia y piedad en aras del triunfo y de los cristianos de Hispania. E hicieron más aquellas damas, hermanas de raza.

Celebran una rogativa que la historia describe en términos llenos de dulzura y entusiasmo. Y el día 23 de Mayo de 1211, una muchedumbre femenina, enlutada y descalza parte de Santa María la Mayor y cantando se dirige á San Juan de Letrán, no sin antes escuchar una oración sentida de labios de Su Santidad, pronunciada en la residencia del Cardenal Altani al pié del *Lignum Crucis* que en la procesión llevó Inocencio III.

Vaya un recuerdo salido del alma para aquellas mujeres precursoras de las nuestras, de las damas aragonesas, navarras y castellanias que dieron ánimos é infundieron valor á los cruzados de las Navas. Demos forma y fuerza á esta conmemoración en el día de hoy, postradas de hi-nosjos, las castellanias, las burgalesas, orando en las Huelgas ante el sepulcro de aquella Reina que compartió el trono de Alfonso VIII.

Julia Alegria de Sarmiento

Directora de la Escuela Normal

La unión es la fuerza

En la brillante epopeya de la Reconquista, del bendito suelo de nuestra amada patria pueden señalarse tres momentos que, al historiarlos, impresionan el ánimo, dejando en él huella indeleble de su recuerdo. En orden cronológico se llaman Covadonga, Las Navas de Tolosa y Granada.

De estos tres hechos gloriosísimos considero más culminante el de las Navas de Tolosa, pues si Covadonga representa el principio y Granada el fin de la Reconquista, en la batalla de las Navas quedó roto para siempre, en favor de las armas cristianas, el equilibrio que, durante varios siglos, mantuvieron en su lucha incesante el estandarte de la Cruz y la enseña de la media luna. Las cosas caen del lado que se inclinan y, por tanto, todas las victorias posteriores de las armas cristianas, incluso la que puso término á la lucha del siglo XV. en las fértiles vegas de Granada, fueron natural consecuencia, fruto necesario de la semilla que habían arrojado dos siglos antes, en las altas cumbres de Sierra Morena, los cinco reyes españoles que, unidos en común y titánico esfuerzo, vencieron á cuatrocientos mil mahometanos llegados del Africa al mando del nieto de Abdelmumen.

Bien hace Burgos, como haría bien España toda, en recordar á la generación presente, con motivo del VII centenario, tan glorioso y trascendental hecho. En él, la Historia, gran maestra de la vida, nos enseña que si en centurias anteriores á la

batalla de las Navas, mientras existieron que ellas y discordias entre los reyes cristianos, padieron alguna vez ser vencidos, desde el momento en que se unieron resultaron para siempre invencibles: porque la unión constituye la fuerza. Verdad es esta que por fortuna nunca se ha olvidado en Castilla, madre de la unión Nacional, ni en otras Regiones españolas, pero, que debieran tener muy en cuenta de igual modo todas las del resto de España.

Pedro Tena y Sicilia

Secretario de la Excmo. Diputación

Burgos y Julio de 1912.

BURGOS

(En el VII Centenario de la batalla de las Navas)

Noble tierra, cabeza de Castilla, tú la mi madre venerable y santa, envuélta en el sudario de los siglos duermes tu sueño.

Tú, en los heróicos tiempos ya lejanos, en la fé y en el voto la primera, rendida estás bajo el glorioso peso de tus bisabos.

Cuna ilustre de jueces y guerreros, la espada y el laurel te coronaron, y de la dura estepa, vigorosa surgió la patria.

Retuvo el sol el castellano imperio, y en ambos mundos hierve nuestra sangre, y se odia y se ama y se ora y se maldice en nuestra lengua.

Yo he vagado las noches solitarias por las callejas tristes y sombrías, y ante las ruinas del Solar del héroe quedéme absorto.

Bajo mis propias plantas, parecíome que mío Cid, con fragoros estrépito clamaba entre doliente é iracundo como el rey Hamlet.

Yo entré en el Monasterio, donde yace don Alfonso el Octavo, y donde guarda la piedad burgalesa, cual reliquia, trofeo augusto.

Y yo sentí de la agitada tumba tocar al arma, y contemplé extasiado de Miramamolín el estandarte flamear solo.

Dadme las llaves, nobles castellanos, Navarra y Aragón, porque abrir quiero los sepulcros de Alfonso y de Rui Díaz resucitados.

La nueva reconquista no ya pide del sarraceno contener la audacia, ó rescatar de la corona hispánica ricos florones.

Más fácil ¡ay! por desventura ¡oh patria, fué exterminar al bárbaro almohade que es tornar á tu amor y tu regazo tus propios hijos.

¡Surgid, volved, velad, sagradas sombras del Cid Campeador y Alfonso el Bueno! Un rey y un Capitán de vuestra estirpe... ¡Y esta es España!

José de Laserna.

Redactor de «El Imparcial»

Recuerdo la descripción de la batalla de las Navas de Tolosa que me enseñaron D. Toribio y D. Liborio, su pasante, en una escuela que dirigía el primero en el bajo interior de una viejísima casa, que acaso no exista, de la calle de la Paloma.

Recuerdo también la relación más extensa que me explicaron en el Instituto cuando los mozalbetes de mi edad asistíamos á aquel centro más que á estudiar á hacer mil travesuras jugando «la potra» sobre las heladas aguas del Arlanzón, ó realizando temerarios equilibrios en las barandadas del «puente verde» ó de Besson, que asimismo es probable que tampoco exista.

Pero el recuerdo más vivo que conservo de la célebre batalla es el pendón que existe en el monasterio de las Huelgas Reales y que era paseado en aquella procesión tradicional bajo un sol achicharrante, con sus danzantes de estrafalaria indumentaria en la que privaban las cintas de colores chillones; procesión que surge en mi mente como desfile de grata pesadilla infantil, y á la cual seguía la magnífica tarde del Parral con sus merendolas, sus músicas, sus gaitas, sus bailes y sus lides amorosas, en las que cada joven se creía un Alfonso VIII y cada viejo verde un Cid Campeador...

Confesada mi falta de erudición histórica en ese punto concreto—aunque fácil de remediar hojeando á Mariana ó Lafuente—accedo, sin embargo, á la pretensión de LA VOZ DE CASTILLA que me honra con su demanda y me proporciona ocasión de mostrarme hijo leal de Burgos, la ciudad de mis amores, cuando festeja el centenario de una victoria gloriosa para Castilla.

Bien festejado sea el memorable acontecimiento; pero que sea el último y definitivo aunque cariñoso adiós al pasado; que es más práctico y patriótico pensar en el mañana que recordar el ayer. Lo pasado, pasado está. No vayamos á convertirnos en estatua de sal por volver la cabeza atrás como la mujer de Loth.

Perdón si me equivoco; pero tan honrado es mi error, que el fué el tema de mi discurso, modestísimo como mío, cuando hace dos años fui mantenedor de los Juegos Florales que la noble Ciudad Rodrigo organizó para conmemorar el primer centenario de su glorioso sitio.

La grandeza de su pasado la tiene esculpida mi pueblo en sus maravillosos monumentos. ¡Quiera Dios que la generación presente y las futuras la proporcionen un semejante grandioso porvenir!

Angel M. Castell

Subdirector de A. B. C.

Madrid, Junio 1912

Lo mejor de Burgos

Loable actitud adopta la ciudad burgalesa, al conmemorar, como merece, el glorioso episodio de la historia nacional el centenario del suceso bélico, que ha sido el asombro del mundo, tratando de esculpirlo en las páginas de su recuerdo los hidalgos burgaleses; y por cierto, que marco más adecuado ante la grandiosidad del asunto no pudo ofrecerse que el entusiasmo burgales.

Vivo anhelo sentía por apreciar de cerca los tesoros artísticos, las joyas históricas y el ambiente simpático que la fama relegaba á Burgos; pero he de confesar, con la ingenuidad que es mi norma, que cuanto he oído referente á las virtudes burgalesas, no era sellado con el timbre de la exageración. Estas mis afirmaciones, son tenue reflejo del sentimiento de legítima gratitud que guardo por las recientes atenciones recibidas y los esplendidos agasajos que he compartido con los representantes castellanos, honrados con asistir al reciente Congreso Agrícola.

Proclamo, pues, que la cultura burgalesa, encanta; que los retazos de viviente historia, embelesan; que la hospitalidad altamente cariñosa, abruma; pero cuanto yo ensalzara en orden á primorosa urbanización, adelanto prodigioso en la cultura, alarde plausible de progreso, admiración entusiasta del arte que sus joyas artísticas encierran, todo, todo elogio resultaría pequeño é insignificante, ante el que merece el paso gigantesco dado por los burgaleses al apreciar y realizar el problema agrícola moderno. De todas las ramas de la Agricultura, surge una que vislumbra por el estudio acabado que denuncia, al apreciar los maravillosos resultados obtenidos: me refiero á la Floricultura.

El vergel de caras bonitas que en el paseo del Espolon he admirado y el precioso bouquet que brillantaba la fiesta del Salon de Recreo, la noche del 3, son la confirmación más patente de mi aseveración.

¡Gracias, bellas burgalesas! Porque los momentos en que deleitaba mis ojos, saboreando vuestros lindos rostros, me aliviaban del tedio, absorbido en las discusiones agrícolas; habeis sido mi redención, porque en mi espíritu, habituado á la excelencia del coto redondo, atrofiano la grandiosidad del arte, el donaire de vuestro transitar, me hacia volver al recuerdo de que la ciencia es el mayor de los deleites, siempre que tenga por auxiliar una mujer hermosa; y para simpáticas, lindas y graciosísimas las hijas del Cid.

José Ramirez y Diaz

Diputado provincial

Segovia 5 Julio 1912.

Nuestro Rey D. Alfonso VIII de Castilla

Hoy es la fecha augusta de un día de victoria, gloriosa resplandece como un sol de verano en el ancho horizonte de la sagrada historia escrita con la sangre del pueblo castellano.

Y aquel rey D. Alfonso fué el caudillo esforzado,

por su brio guerrero consumóse la hazaña; él coronó de gloria nuestro pendón morado y aseguró su triunfo la libertad de España.

En el alto momento de aquesta fiesta augusta ardorosos mantienen los cristianos la justa, Con nuevos resplandores la media Inna brilla aún sus huestes batallan con denuevo que haga el cielo que pase por su campo la sombra de nuestro rey Alfonso octavo de Castilla.

Benito M. Valencia

Alumno de Obrero

Los pueblos se honran si mismos al recordar la gloriosa memoria de sus grandes reyes.

Burgos, al conmemorar de manera solemne el séptimo centenario de la victoria lanzada en la batalla de las Navas contra la morisma por Alfonso VIII rinde á este héroe el más justo de los homenajes. Loor eterno á Alfonso VIII.

A. Tapia.

Presidente de la Audiencia Territorial

CASTILLA

Esta es la grande tierra de nobles; de las honras é intensas calmas; de los espíritus como los robles, y de los cuerpos como las almas,

(Fernández Shaw.)

En la Historia son casi coetáneos el nacimiento y el apogeo del Reino de Castilla. Al primero de sus Señores que se titula rey se le llama «El Magno», al hijo que le sucede «El Fuerte», y á los setenta años de morir aquél, su nieto puede coronarse Emperador de España; se extiende hasta las extremidades de la península, son feudatarios suyos los reyes cristianos de Aragón, Navarra y Cataluña, los señores franceses de Aquende el Ródano y los Emires de Zaragoza y de Andalucía; es tanta la vitalidad de su constitución interna, tal y tan expansiva la fuerza y la entereza del espíritu castellano, que, apenas naciendo, soporta sin fenecer las divisiones y las desmembraciones impuestas por los testamentos de sus reyes, las luchas intestinas de sus grandes, las guerras con los príncipes cristianos, las dos más formidables invasiones agarenas, los desastres de Zalaca, de Uclés y de Alarcos, para renacer de entre destrozos y ruinas cada vez más poderosa y más fuerte por su alma impávida y su corazón de hierro. Los esplendores de su Corte y el eco de la proezas de sus héroes llena la Europa; los reyes más poderosos codician enlaces y alianzas: Inglaterra, Suabia, Polonia, Aquitania, Borgoña, los Emperadores, la Francia, todos ofrecen sus Princesas en casamiento á los hijos de los reyes de Castilla, ó pretenden para los suyos la mano de las Infantas castellanias.

De Castilla toma nombre la lengua que ha de sustituir en la más grande porción de la península á la de los dominadores romanos y godos, y castellanos son los conquistadores, los hazañosos y los Santos que pueblan la historia é inspiran la épica primitiva nacional. Los Laynez, el de Vitar, Santo Domingo, Alvar Fañez, Muñó, los Lara, los Castro, los Ansurez, los Velasco, los Haro, indomables, serenos, impávidos, con el espíritu como los robles y con los cuerpos como las almas, personalizan los elementos con que se forma el carácter del Monarca providencial que lega al mundo el perdurable recuerdo de la batalla de las Navas de Tolosa, que todavía la crítica no ha acertado á definir si fué hecho de hombres ó milagro de Dios.

En su glorioso reinado, la Historia, la Poesía y la Legislación se escriben en la lengua de Castilla; él instaura la enseñanza con la Universidad de Palencia, á la que en el mundo occidental cristiano preceden sólo las de Bolonia, París y Oxford; sus hijas son reinas esclarecidas á quienes la posteridad no sabe si debe mayor admiración por madres ó por gobernadoras; sus nietos, reyes poderosos en la tierra y Santos en el Cielo; él cierra definitivamente España á las invasiones de los sarracenos y los debela en la península con la victoria de las Navas de Tolosa, comienzo de su ambulante y fatigada agonía, á que pone término la empresa insigne de Isabel de Castilla.

Así era Castilla hasta las Navas de Tolosa; así fué en el variado curso de los sucesos posteriores de España; así será en frente de los altos destinos que el porvenir y la Providencia la tienen reservados.

Carlos Alvarez Guijarro.

Senador Vitalicio

9 Julio 1912.

El triunfo de la Santa Cruz

La grandeza de España estuvo siempre en relación directa con la grandeza de creencias de sus hijos: la idea de Dios fué el baluarte más poderoso para la defensa, y la invocación de su Santo Nombre la arenga más entusiasta á los Ejércitos.

Por eso, los pueblos se acercarán á la desgracia, cuanto más se alejen de la Cruz.

El Marqués de Murga

Pídase Sal Vichy-Etat, para bebidas, Comprimidos Vichy-Etat, efervescentes, y Pastillas Vichy-Etat, de sus envases de origen. Rehúscese toda imitación.